

DC 11/11/1909

La Moda Práctica

AÑO II.

MADRID 22 DE DICIEMBRE DE 1909.

NÚM. 104.



La Moda Práctica

ILUSTRACIÓN SEMANAL DE LAS FAMILIAS.

Esta Revista no se vende por números sueltos. Solo se sirve por suscripción al precio de 50 céntimos al mes en Madrid y al de 2,25 pesetas al trimestre en Provincias.—Número suelto á los suscriptores: 20 céntimos.

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

EXPLICACIÓN DE nuestras planas en color.

En nuestra primera plana, un elegantísimo vestido estilo Princesa, en paño de seda, abierto sobre un ancho entre-dós de guipur de Irlanda bordado de un biés de satén y guarnecido en el talle por dos grandes ojales ribeteados para dar paso á una cinta ó faj de Liberty, drapada y formando lazo en el lado izquierdo del busto.

Cuello, guimpé y mangas cortas de doble farol, en muselina de seda blanca. Falda de cola, ribeteada por el mismo adorno de las sisas, y pechero su biendo por el paño delantero, un poco á la izquierda, simulando va abierta la falda por dicho punto.

En la doble plana, con el número 1, traje de paseo, en paño; cuerpo-blusa, con el interior plegado á lo largo; bandas de tela, aplacadas; trencilla; pastillas de *scutache*; obrepujado en terciopelo; plastrón en mu elina, y falda de cinco paños, con bandas de tela aplicadas; cintura en terciopelo; cierre por detrás, y el del cuerpo por delante, á un lado.

Número 2.—Traje en paño, con la chaqueta de corte nuevo, con costuras aplastadas y cierre cruzado; cuello-chal en terciopelo, bordado al cordoncillo; botones de la misma tela, y falda de cuatro paños, guarnecida en la misma forma que la chaqueta.

Número 3.—Traje de paseo, en cheviot. Cuerpo blusa, con delantero en forma de peto. Straps de tela aplicados, cortados por tiras fruncidas, y motivos de bordado al realce; canesú y cintura de terciopelo, y botones de la misma tela, con caireles de pasamanería. Falda de cinco paños, con el cierre por detrás, y el de la blusa por delante, á un lado.

Número 5.—Traje en paño, con chaqueta larga medio ajustada, y costuras de sastré; cuello-chal cruzado, en astrakán. Falda de seis paños, adornada con pliegues añadido á los lados.

Número 6.—Traje en paño; chaqueta larga, con cierre cruzado y costuras de sastré; cuello vuelto, con solapas y vueltas cubiertos de terciopelo. Falda lisa.

Números 7 y 8.—Blusas en seda, adornadas de pliegues y guimpé de encaje de confección sencilla.

En la última plana, *Labores artísticas*, por M. Salvi.

Número 1.—Cifras L M, continuación de abecedario para bordar en sábanas.

Números 2, 3, 4 y 5.—Nombres de Joaquina, Luisa, Antonio y Javier para bordar en pañuelos de diario.

Números 6 y 8.—Enlaces LP y TD para marcar ropa de niños.

Número 7.—Enlace de las cifras ACN para bordar en manteles con adornos maravillosos.

Número 9.—Mitad de pañuelo para bordar á punto de festón la parte exterior, y el resto al realce punto arenilla y enjabado; los centros de las r-sáceas, respetando las hojas, se ejecuta calado.

EGOS DE LA MODA

Vestidos, abrigos, sombreros, echarpes, todo es de piel en los modelos de última creación. Tal es la característica de la moda en el presente período invernal.

Se adornan con pieles el paño, el terciopelo, el encaje y el tul. Mas téngase muy presente que si es verdad que se usa mucho la piel como adorno del encaje, no se estiliza «el viceversa», ó sea el encaje complementando las *toilettes* de piel.

Están muy en boga las levitas largas de zibelina ó de nutria, con el forro de un matiz parecido al de las pieles claras en que se confeccionan estas prendas de última novedad.

He aquí un lindo modelo de traje de casa, elegantísimo, ó por mejor decir, de *toilette* para recibir por la tarde. Una chaquetita semi-larga en raso blanco muy flexible, con mangas largas, y en el cuello y los puños rodillitos de *kungs*, sin ningún otro adorno.

Esta prenda, de corte muy sencillo, se lleva con un pliegue de surah plisado en la espalda.

El talle se rodea con un cinturón del mismo raso, que lleva un lazo al lado. La ehaquetita de que hablamos puede llevarse con toda suerte de faldas propias del estío, y que han dado en la flor las *ultra-chics* de usarlas en invierno para dentro de casa, bien entendido que ello ha de ser cuando las habitaciones estén habilitadas con toda clase de requisitos para su calefacción.

Las faldas redondas, á ras de tierra, con varios—pocos—pliegues distribuidos de manera distinta, siguen gozando del favor de las elegantes. De igual suerte, no se acaba el reinado de la hechura Princesa.

El más elegante de todos los trajes «hechura sastré» para invierno, es, sin duda alguna, la falda redonda forma Princesa, no montando mucho sobre el

talle. El camisolín en velo de seda negro sobre transparente verde. La chaquetita, semi larga, sobre la cual se llevará una echarpe de armiño, zibelina ó chinchilla. El forro de *moirée*, y como sombrero una gorrita de piel, redonda y alta, que lleva como adorno una rosa color oro viejo.

¡Desgraciados de los espectadores en el teatro si no rigiese la disposición del combatido señor La Cierva referente á que las señoras no pudieran asistir á las butacas tocadas con sombrero! No sólo es en las formas el colosal tamaño de los *chapeaux* de moda. También en los adornos no es ya que persista el exageradísimo volumen. Es que cada día dispone la caprichosa moda que sean mayores. No sé á dónde vamos á llegar, señoras mías. ¿Por qué no hacer una cruzada seria ante tan ridículas exageraciones?

Preceptúan los últimos cánones de la moda que los escotes, en los vestidos de baile, no deben ser exagerados. Redondos y con los brazos velados por sutiles encajes. Vuelven, pues, aquellos escotes que nuestras abuelas pusieron en boga y que se llamaban vírgenes.

He aquí un lindo figurín de esta clase de *toilettes*. La falda en crepé de la China brochada, rosa Bengala, formando *aniers* sobre un fondo de cañamazo bordado en tul de oro. El cuerpo escotado por delante, y como adorno en la espalda cuatro grandes botones metálicos y de mucho brillo. Este mismo «motivo» de los botones se repite en la manga, en grupos de tres, alineados horizontalmente y dejando entre cada hilera intervalos de algún espacio, por donde se ve el brazo cubierto con tul de oro.

Como tejido de novedad podemos señalar un fino tafetán cribado de motitas sobre fondo blanco. Se emplea mucho para la confección de *toilettes* de reunión. Recuerda el estilo Luis XVI.

También se llevan mucho toda clase de tejidos, con tal de que tengan la circunstancia de ser flexibles, condición que se reclama imperiosamente en las modernas confecciones. Esto advertido, resulta sorprendente el grado de flexibilidad que se

ha logrado dar á las telas más fuertes. Así vemos que se venden mucho los *moirés*, las cachemiras, los paños de seda, los otomanos y los terciopelos *chiff*. No digamos nada de los rasos, muselinas y crepés. Estos géneros se prestan mucho á la decantada y exigida moderna *couplésse*.

Por lo que se refiere á los adornos, jamás ha estado el encaje más en boga. Y con las acertadas combinaciones de las modistas, se obtiene de su natural belleza un partido excelente. Claro es que lo mejor sería los legítimos puntos de Alençon y de Inglaterra, el Valenciennes, Irlanda, los guipures de Venecia y los inestimables encajes de Brujas. Yo me alegraría mucho que cada suscriptora de LA MODA PRÁCTICA tuviera «posibles» para hacerse trajes lindísimos con encajes legítimos, de las clases que hemos enumerado. Pero «como no se puede todo lo que se quiere», yo os aconsejo que busquéis hábiles imitaciones. Y sabed que las hay perfectas.

También están muy de moda para adornos los bordados de seda *ton sur ton*.

Una fantasía preconiza los adornos abullonados de matiz parecido al género del vestido.

Terminemos haciendo constar el eclecticismo que reina acerca de los velos que nos resguardan el rostro. Lo mismo se usan con tupidos arabescos que apenas permiten conocer á la persona, como ligerísimos tules claros.

LA CONDESA FLOR DE LIS



Sombrero marqués, de raso negro con escarapela y pompón.

IPAYASOS!

El uno, la agilidad; el otro, la fuerza, y ambos la gracia, eran los artistas más queridos del público, y sus excentricidades de «clowns» acrobáticos fueron siempre tan arriesgadas que, casi más que ellas mismas, maravillaba y sorprendía la indiferencia con que las ejecutaban los payasos.

Hacia mucho tiempo que, por susceivas coincidencias profesionales, recorrían juntos, triunfalmente, las más importantes poblaciones, y á diferencia de los demás artistas, jamás habíase suscitado entre ellos rivalidad alguna que tuviese por origen la competencia en la ejecución de sus análogos trabajos. Y aquellos dos hombres ajenos á los sentimientos triviales, aquellos dos artistas en cuyas almas jamás habían germinado los celos de la profesión, eran ahora, inconscientemente, feroces enemigos.

Los dos payasos habían puesto sus amores en una mujer misma; y no era ésta ni la equilibrista griega, de belleza maravillosa; ni la morena efesia de cabellos ensortijados; ni la holandesa rubia que bailaba graciosa y ágilmente la danzashúngaras, haciendo destacar, con las piruetas vertiginosas, sus prominencias delicadas é incitantes.

Se habían enamorado tan idealmente como hubiera podido hacerlo un poeta. Cuando Carlos debutó, ya hacía tiempo que Vilés estaba cautivo en la dolorosa alegría de aquel amor misterioso. Era el trabajo del payaso ágil un ejercicio arriesgado y emocionante. Después de una escena en donde se hablaba de la competencia de dos empresarios de acróbatas, y luego de haber ejecutado uno el experimento, previamente sujeto y defendido por una red, objetaba el empresario rival tener un artista que hacía aquello mismo; pero suelto, vendado y colocando una tabla con punzantes hojas de acero en lugar de la red protectora. Poníalo el otro en duda, y entonces salía él de la mano de su ficticio empresario, saludaba con una genuflexión que, aunque quería parecer grotesca no podía dejar de ser elegante, y por una cuerda trepaba hasta la cúspide altísima del circo, de la que pendía un largo cilindro de madera, bajo el cual, en el suelo, erguíanse los amenazantes puñales, mientras el público veía todo este terrorífico aparato en medio de un silencio lleno de ansiedad y temor. Tacteando, se asía del extremo fijo del madero, y en un momento, de pronto, dejándose deslizar, descendía velozmente.... descendía.... y al llegar al extremo quedaba sujeto por un alarde sobrehumano de cálculo y de pulso. Y cuando todos presentían verlo despedazado entre los acerados filos, él se desanudaba la venda y saludaba con una sonrisa serena, mientras que la concurrencia

placenteramente aterrorizada, sentía un estremecimiento de pánico, sia dejara por eso de gozar con aquella perversa sensación de miedo.

Entonces, al quitarse la venda, fué cuando la conoció Carlos. Vió su silueta alargarse sobre la barandilla del palco, y sus ojos de clorótica, negros y luminosos, agrandarse bajo el arco perfecto de las cejas, para enviarle una mirada intensa, excesiva, de admiración. Apenas si representaría dieciocho años. Lo que de su cuerpo gracil, animado por viva continua movilidad, se veía, era exiguo de carnes; pero de redondeces proporcionadas.

Poco tardó en saber que era una señorita aristocrática, abonada los jueves al palco en donde por primera vez la viera. Desde aquella noche las semanas le parecieron interminables; pero cuando llegaba el día, ¡oh!, entonces se crecía el payaso y sus mejores piruetas, sus saltos más atrevidos, las flexiones más incomprensibles y peligrosas, eran para que ella las viese y le enviara, inconsciente, en pago, su mirada llena de admiración y de temor, prolongando tras la barandilla del palco, en movimiento irreflexivo de atención esforzada, el perfil airoso de su figura.

Si él hubiera sospechado que su compañero Vilés, el atleta grosero, se transfiguraba idealmente y guardaba también como él sus más valiosos ejercicios para consagrarlos en ofrenda de amor á la adorable aristócrata del palco 13....

Fué una noche, á la sazón de ejecutar los dos artistas un trabajo combinado de doble trapecio. Vilés, colgado por las corvas de uno, fijo, recibía á Carlos, quien después de hacer ejercicios primorosos en el columpio largo y volante que tardaba casi un minuto en desarrollar su recorrido, se lanzaba, al terminar éste, al espacio, en el cual era recogido por los brazos musculosos y fuertes del atleta.

Comenzó el espectáculo. Vilés veía desde su trapecio, frente á él, el palco de ella, y sus ojos medio entornados por la concentración de la mirada daban un aspecto repulsivo á su rostro congestionado por la violencia de la posición. El columpio de Carlos había comenzado á definir su trayectoria, y él, cuando ya estaba en ésta más de mediada, después de una lucida serie de alardes gimnásticos, se puso en pie y sin detenerse, sin casi necesitar aparente esfuerzo, por una flexión vigorosa de sus músculos inmensamente elásticos, se lanzó al aire en una voltereta triple, mientras el trapecio seguía matemáticamente su camino para coincidir con su tripulante en el punto de la caída y continuar juntos la aérea carrera. El concurso entusiasta, sugestionado,

prorrumpió en un aplauso ruidoso, y Vilés, el que nunca había sentido envidia ni celos de los ajenos triunfos, el que siempre se había congratulado de los ajenos éxitos, al ver allá en el fondo del palco unas manecitas ducales que aplaudían—quién sabe si por involuntaria imitación—se le nubló la vista, se le agarrotaron en crispación convulsiva los receptores brazos y el cuerpo de Carlos, al no ser por ello recogido, describió con rapidez vertiginosa una rama de parábola, cuyo viviente móvil policromo, después de rodar sobre la arena de la pista, mostró al público absorto un color nuevo: el de la cara ensangrentada.

Y en la oquedad cóncava del circo resonó un alarido de espanto, mientras el cuerpo del caído se revolvía convulsivamente con movimientos gembundos.... Fué una impresión tan brutal, tan honda, tan dolorosa, que las damas abandonaron indispuetas el espectáculo.

Una conmoción, un magullamiento nada más del que su cuerpo, á ellos habituado, se fortaleció bien pronto. Decididamente, en aquella misma semana debutaría; pero había de ser el jueves, precisamente el jueves, en eso no estaba dispuesto á transigir.

Accedió el empresario y los carteles anunciaron con caracteres de gigantesca talla, y colores vivos la reaparición de Car-

los, que se presentaría al público en su arriesgado experimento del madero cilíndrico. Aquella noche resplandecía el circo como un ascua fulgente de oro.

Desde las lunetas hasta la gradería se elevaba un murmullo de impaciencia, y cuando después de la inocente farsa que precedía al experimento salió Carlos vendado, el público, por no interrumpir la representación, no prorrumpió en el aplauso que aún en el silencio se exteriorizaba por un ruido vago, semejante al ronroneo de los felinos cuando están satisfechos.

Y subió por la cuerda, y se asió al extremo del madero, y ejecutó el ejercicio, y estalló el aplauso, y quitóse la venda para dar las gracias... Entonces sucedió una cosa extraña y horrible.

Se le vió un momento concentrar la mirada en un punto determinado, palidecer, enrojecer de nuevo y desprenderse desde la altura.

Y el cuerpo del payaso cayó casi despedazándose con su propio peso sobre las aceradas hojas, en tanto que una parte del público menos clamoroso y más rápida y útilmente compasivo, se precipitó tumultuoso á la pista, saltando para conseguirlo por el palco número 13, que estaba desierto...

ELVIRA ESTELLÉS MONTAGUD.

Festones para bordar, Fuentes, 7.

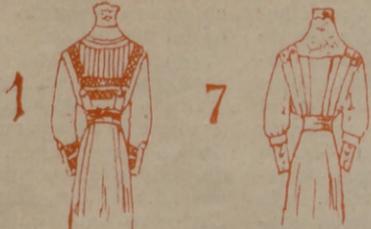


«Toilette» para señoritas.—Cuerpo guarnecido de un canesú; mangas fruncidas á un puño, con sobremangas cortas.

Falda con tablero de cintura en el bajo y gran volante á tablas.

«Toilette» para reunión.—Canesú encuadrado por un biés y un volante en forma; costado derecho cruzando y terminando en un nudo de satén, bajando abierto sobre la falda, en forma de pabellones.

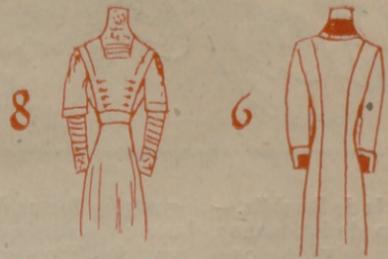
La Moda



1909



Práctica



à 1910



Estafeta de La Moda Práctica

Una enamorada de Bombita.—Señorita, para lo de las manos, lávese usted con salvado dos ó tres veces al día. Con poner un puñadito de afrecho en una jofaina con agua templada y lavárselas por espacio de cinco minutos, habrá usted resuelto su deseo.

Tocante á su ideal, más valiera que pensara usted en el portal de Belén; por ese camino no se va á ninguna parte, y eso no es decoroso en una señorita joven y bella.

Usted dirá que soy dura; y yo le digo que prefiero su enojo á dar pábulo á ideales desatinados y vacuos.

Una ninfa.—Conformidad, hija mía, conformidad. Para eso que usted desea no hay remedio. El órgano de la vista es delicadísimo y no admite ni arreglos ni estimulantes. Cualquier cosa que usted intentara, ó que cualquiera le aconsejara, sería contraproducente y le acarrearía una siega completa de las que posee.

Nardo.—En cualquier perfumería buena encontrará usted lo que desea.

Una novicia.—Las lociones de cerveza tibia son, en efecto, de muy buen resultado para favorecer el rizado del pelo. Se aplica con un cepillito, bien empapado, antes de acostarse. En esto, como en todo, hay que tener constancia. No crea usted que va á conseguir su objeto porque mande traer «media chica».

Para combatir esa caspa rebelde que padece la niña, friccionese el cuero cabelludo por la mañana y por la noche con un cepillo impregnado en la preparación siguiente:

Agua destilada de Melitot.....	50 gramos.
Agua de Colonia.....	10 "
Carbonato de soda.....	5 "
Saponina.....	1 "

M. S. de G.—Me indica usted la receta; pero no me dice el mal para que la necesita. Hágalo así y satisfará su deseo en seguida. Su cupón se recibió y entró en suerte.

Graziella.—Son personajes mitológicos. De la Administración habrá recibido usted contestación á sus preguntas.

E. L. P.—Sí, señora; sus preguntas tienen derecho á ser contestadas. Lo que ocurre es que no le ha llagado el turno á su carta hasta hoy. Por lo demás—que dijo el otro—, usted no me causa ninguna molestia.

A. R. de C.—Gracias por sus inmerecidos elogios. Celebro tanto parecerme tanto á esa amiga á quien usted quiere tanto. Pantalón largo y cuello á la marinera. Con ribete de una hilera solo, y si usted quiere bordarlo, no hay inconveniente, ni por mí, ni por la moda. Lar-

gos y en forma de estola. Sí, señora; continúan siendo muy grandes. Y no importa que sea usted jamona. Los stores, largos. No están mal los muebles esquinados. Depende esto mucho de las proporciones de la habitación.

Mandilona.—¡Pero, hija mía! ¡Qué mal gusto para elegir el pseudónimo! El Agua Oriental es de magníficos resultados para conseguir que desaparezca el tornasolado de los cabellos igualándose su color.

Los calambres del estómago se deben á un estado espasmódico. Unas cucharadas de agua de flor de naranjo azucarada, á la que se agregan algunas gotas de éter, y fricciones sobre el estómago con un poco de láudano, es el mejor tratamiento que puede seguirse.

Una marquesa.—La cerveza, como medio de favorecer el rizado del pelo, no altera su color ni perjudica en ningún sentido á la higiene del mismo.

Respecto á colores de moda, hay muchos. Vea usted figurines que publicamos con profusión en LA MODA PRÁCTICA y con su explicación correspondiente. Se estilan más los géneros lisos que los rayados.

El jabón de brea es de lo más higiénico que existe. Entre lo de su amiguita y lo de usted me quedo con lo último. El remedio de que me habla no sirve para nada.

Una rubia.—Gracias mil por los inmotivados elogios que hace de mí persona. Entiendo que debe usted llevar esa mantilla á casa de un tintorero. Algún procedimiento conozco para hacer la operación en casa, pero no tengo gran confianza en él. Así es que al tinte con ella.

Impoluta.—Yo me alegro tantísimo de esa condición que adorna á su persona. Como remedio á esas prematuras arrugas, lo mismo que para las manchas intermitentes que de vez en cuando suelen afean su rostro, le recomiendo con toda eficacia el uso del Agua de la Juventud, perfectamente compatible con toda clase de afeites de tocador, con tal de que no sean preparados nocivos.

E. B.—Habrá recibido usted respuesta de la Administración. En cuanto se refiere á su ruego de patronos, traslado la petición á la sección correspondiente.

Una cubana.—Dirijase á los establecimientos de esta corte, pues hay profusión de cuanto desea.

Bella madre selva.—¿Se le cae á usted el pelo? Necesito saberlo. Dígamelo y le contestaré en seguida.—Para lo que me dice de la carne de la cara blanda y floja, que se le forman así como

bambalinas (¿no es cierto?), aplíquese el mismo remedio que aconsejo en este número á la suscriptora que firma su consulta con el pseudónimo de *Impoluta*.

Tibidabo.—En modo alguno perjudica á la salud la receta de los polvos «Siempre veinte años». Antes bien, lo favorece, no sólo estéticamente, sino en cuanto se refiere á la higiene del cutis. El producto de que me habla también en su muy atenta carta, puede encontrarlo en las buenas perfumerías.

Tres agradable.—Y dale con el francés. ¡Si viera qué *curseño* resulta eso, siendo española de raza! En efecto; no soy partidaria de ningún tinte, pero en su caso comprendo que es indispensable aconsejarle la fórmula del *Jouvence*, que obra enérgicamente y es inofensivo.

Pensamiento dob'e.—Las telas de lana, sobre todo cuando son finas, se limpian con agua y hieles de vaca muy frescas, y mejor aún con piel purificada, aclarándolas bien y planchando las telas á medio secar.

Las muselinas de lana pintadas se lavan bien en agua de salvado, sin jabón y sin torcer, porque se «encarrujarían».

No le he contestado antes por la sencilla razón de que no le ha llegado el turno hasta hoy, y en esto, mi querida amiga, quiero y tengo que ser absolutamente inflexible.

Una que quisiera no fuese tan corto.—Perdone usted que no ponga las iniciales con que termina el pseudónimo de su carta, por la sencilla razón de que «no hay derecho» para tomarme como vehículo de recaditos amorosos.—Pase sobre las cejas un cepillo suave impregnado de agua de Colonia, mezclada con agua ó de glicerina, de alcohol y de agua.

Yo me alegro muchísimo del contento que muestra con su silencioso pretendiente, médico y todo. Lo que hace falta es que rompa á hablar. ¡Con que á ver si se arregla eso... y yo que lo vea!

D. A.—Se recibió su cupón y desde luego entró en suerte.

Una campesina triste.—Basta con mantel y seis servilletas, además de los cubre copas y bandejas para las pastas.

Cómprolo usted de terciopelo ó de piel.

Pasado el tiempo de riguroso luto, no hay inconveniente.

Sí, señorita; pueden emplearse los adornos de que me habla. Traslado su ruego á la sección de dibujos, y viva usted tranquila, que no tiene faltas de ortografía su carta, por lo que la felicito.

Enamorada de un cómico.—Pero, hija mía, ¡qué romántica

es usted! Dichosamente, eso se va con los años, y en cuanto cumpla los veinte ya verá cómo no piensa como ahora.—Yo «que usted» no me dedicaba al teatro, y menos cuando su verdadera sugestión no es el arte en sí, sino la pasión que le inspira el lichoso farandulero «de marras».—Gracias por sus elogios, y en cuanto se tranquilice usted, le he de dar la receta para la hermosura del busto. Atendamos antes al alma.

Alina.—Tenga la seguridad que con la crema *Izur* le desaparecerán las arrugas y se le pondrán las manos ideales. La encontrará: Carmen, 2.

Jacinto de Holanda.—Para extirpar el vello, el único procedimiento radical es la electrolisis, ó sea epilar por medio de la electricidad; pero tratándose de una niña pequeña, creo que lo procedente sería una consulta facultativa.

Una morena.—Se recibió su cupón y entró en sorteo. Recomendando su ruego en la sección de dibujos. A mí me gusta más el nombre entero; pero no dejan de llevarse iniciales del nombre de ella y del apellido de él, así como también escudos.

Flora.—Para la conservación de los manos use una mezcla de glicerina y almidón, así como también son muy provechosas las de almendras y salvado. Dormir con unos guantes anchos, después de bien impregnadas las manos en esta composición.

Para el veteado del pelo que estropea el abuso de los tintes, lo mejor es el empleo de lociones de Agua Oriental, que no perjudica la salud del cuero cabelludo, ni lo mancha tampoco.

Nena.—Se recibió su cupón y, desde luego, entró en suerte. No se puede contestar sin que llegue el turno á las preguntas.

Tres rubias y tres morenas que se mueren por la simpática Secretaria.—¡Ah, que emoción siento! ¿Con que no saben ustedes todavía á quien quiere más, si á sus pretendientes ó á mí? Palabra de honor que no me enfado si al fin y á la postre se deciden por los primeros. Soy yo muy resignada, hijitas.

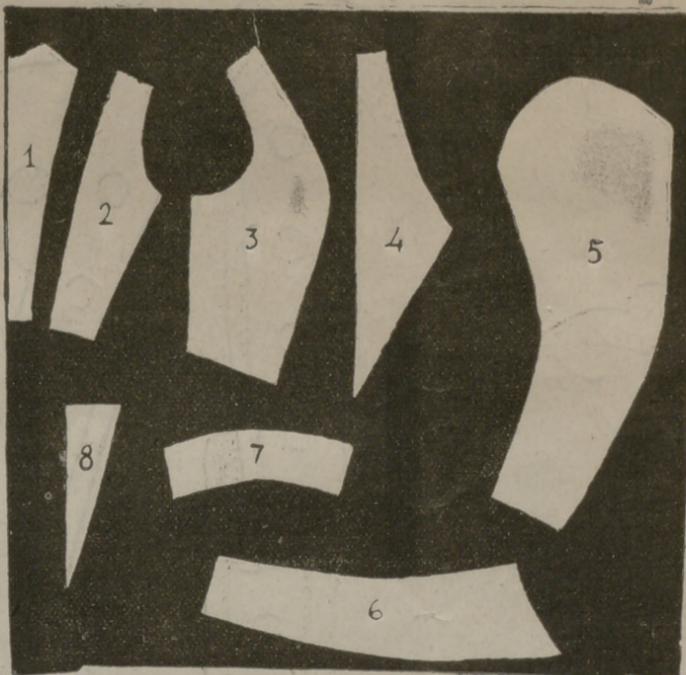
Los granitos que hay en esas preciosas caritas, lo mismo que las pecas, le desaparecerán con lociones de Agua de la Juventud.

Entre el abogado, el ingeniero, el empleado y el profesor, yo creo que debían dar su cariño al maestro, sobre todo si lo es en amores.

Moderen, pues, su impaciencia y sepan que siempre soy suya afectísima.

La Secretaria.

FIGURIN DEL PATRÓN CORTADO



Bolero de invierno para señoritas.

El bolero, siempre gracioso y más práctico que las largas chaquetas y los paletós, aparece de nuevo en la *toilette* femenina.

El modelo que ofrecemos a nuestras suscriptoras cruza sobre el costado izquierdo por medio de un botón y va abierto ligeramente por abajo, dejando ver la cintura, bastante al a y drapeada.

El cuello va adornado de un cuello de piel, así como las bocamangas. Puede suplirse la piel con la misma guarnición, en terciopelo ó satén, según capricho.

Explicación de las piezas del patrón cortado.

Número 1. Espalda (al doblez de la tela).—Número 2. Costado de la espalda.—Número 3. Delantero.—Número 4. Pechero del delantero.—Número 5. Hoja superior de la manga.—Número 6. Cara interna de la manga.—Número 7. Pasamiento de la manga.—Número 8. Cuello.



Charlemos.

BUENA CONTESTACION.

Juan entró en el despacho de Pedro, y dijo, tendiéndole la mano:

—Tengo que hablarte de un asunto muy serio.

—Soy todo orejas—contestó Pedro, entre guasón y serio.

—Pues, verás—añadió su amigo, cogiendo una silla para sentarse—, y ten en cuenta que te lo dice un amigo que, modestia aparte, pruebas te ha dado de su cariño, y que al hacerlo, no me guía otro fin que tu felicidad y la satisfacción de cumplir con el deber que la amistad me impone.

—Vamos, desembucha—dijo Pedro impaciente—, ya sabes

que ante mis ojos no necesitas nunca justificarte.

—Voy á comenzar, pues. ¿Tú estás contento con tu mujer?

—Hombre, me choca tu pregunta: contentísimo. Mi mujer es buena y la quiero... Es poco quererla, la adoro.

—Pues si la adoras como dices—añadió su compañero—si tienes una mujer buena, hermosa, que te ama, que procura satisfacer todos tus caprichos, ¿por qué das pie, con tus amores con esa desgraciada, á todas las murmuraciones de nuestros conocidos? ¿Te parece bien todo esto cuando aún no hace un año de tu boda? ¿Qué harás si se entera tu mujer?

—Torpede mí—dijo Pedro—; debí adivinar tu consejo, que te agradezco en el alma, pero que no pienso seguir.

—¿Y me lo dices de ese modo?

—Sí, querido Juan; oye un momento y verás cómo al final me aconsejas de diferente manera que lo has hecho hasta ahora.

Fué en el pasado verano. Mi pobre padre alquiló un *chalet* en un pueblecillo del Norte, para reparar con el aire puro del campo y las brisas salitrosas del Cantábrico, la salud agostada en la oficina, y me llevó consigo.

Excuso decirte que á los pocos días hallé de menos nuestra tertulia del café, el teatro y toda nuestra vida madrileña.

Paquita, esa desgraciada que tú dices, era la hija del guarda. Me gustó y procuré conseguirla. Fácil me fué mi objeto, y entonces comenzó nuestro amor romántico en plena naturaleza, bajo los árboles y junto al río... Un amor digno de ser acompañado por la dulce zampoña y que me haría ahora reír si no hubiera tenido un fin tan amargo. Me vine á Madrid, y hace poco tiempo me la encontré metida en el lodo, ¿me comprendes?

Ella, tan honrada, tan inocente, revolviéndose en el cieno del amor necesario.

Y de todo ello tenía yo la culpa. Entonces comprendí lo infame de mi conducta y procuré enmendar, en parte, mi infamia, y aunque ella lo rechazó primero indignada, merced al cariño que todavía me profesa, conseguí que aceptara el asilo que hoy tiene; pobre, pero honrado, y donde la visito todos los días, sin faltar, sin embargo, á la fidelidad que á mi esposa debo.

Y después de una pequeña pausa, preguntó á su amigo:

—¿Qué me contestas ahora?

—Que está muy bien—dijo Juan—; ¿pero y si tu mujer se entera?

—Está enterada; se lo dije todo, y puse tanto fuego en lo que del corazón salió, y ella es tan buena...

—¿Y qué te contestó?—dijo Juan impaciente.

Y Pedro contestó mostrando en los labios una sonrisa de satisfacción:

—Lo mismo que tú.

J. SERRANO PATROCINIO.



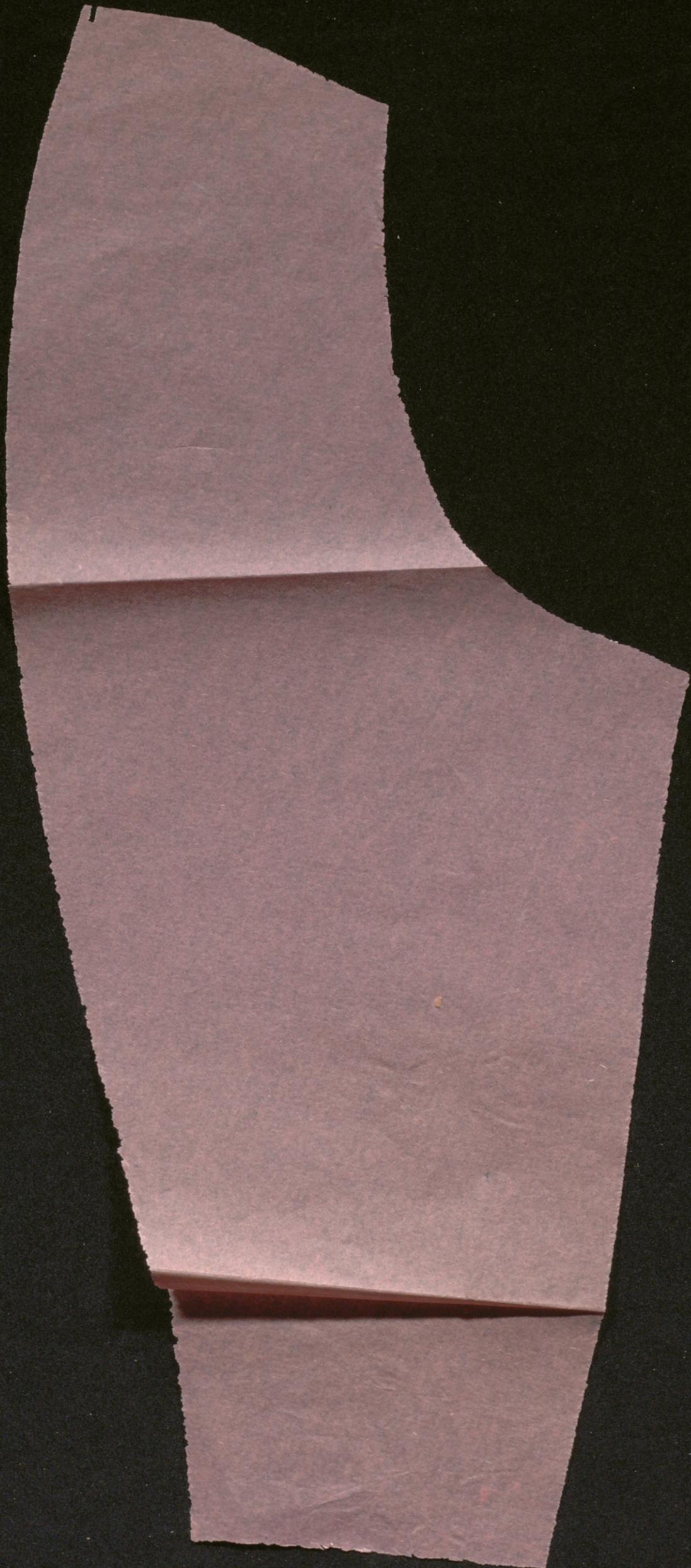
Vestido Princesa, nuevo modelo, con la parte superior del cuerpo recubierta de una blusa de puntilla fruncida al canesú. El costado derecho va disimulado bajo la túnica drapeada, desde el pecho hasta las caderas, ajustando el busto. El bajo de la falda termina por un volante fruncido y montado bajo la túnica.

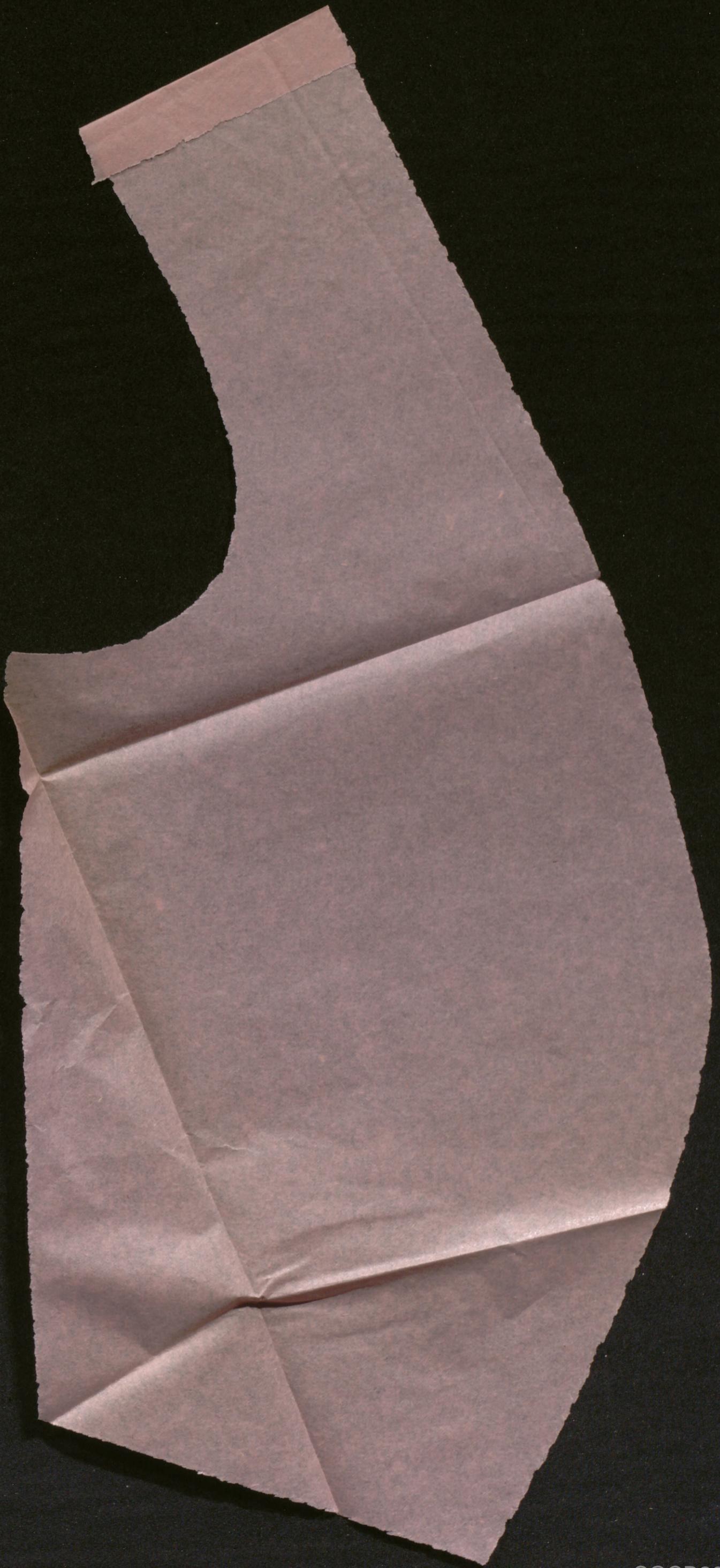
A NUESTRAS SUSCRIPTORAS RECOMENDAMOS LAS SIGUIENTES CASAS

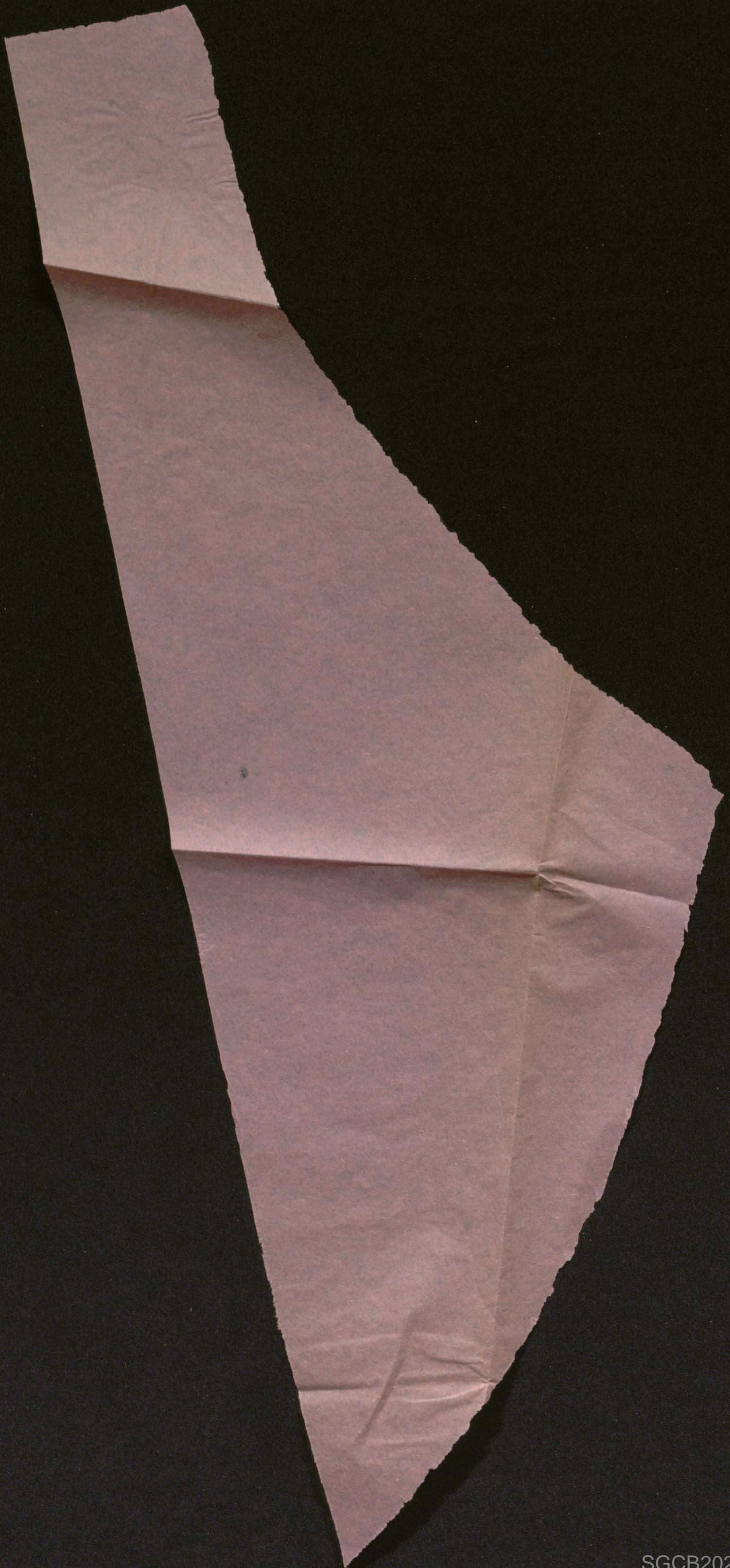
Novedades para señoras. Encajes, confecciones, lanería. *Martín G. Labiano*. Plaza Santa Cruz, 1. Esquina á la de Bolsa.

FIGURINES EXTRANJEROS Administración general en España: **San Alberto, 1, Madrid**

Academia de corte para señoritas. La más perfecta enseñanza. Villanueva, 17. Madrid.



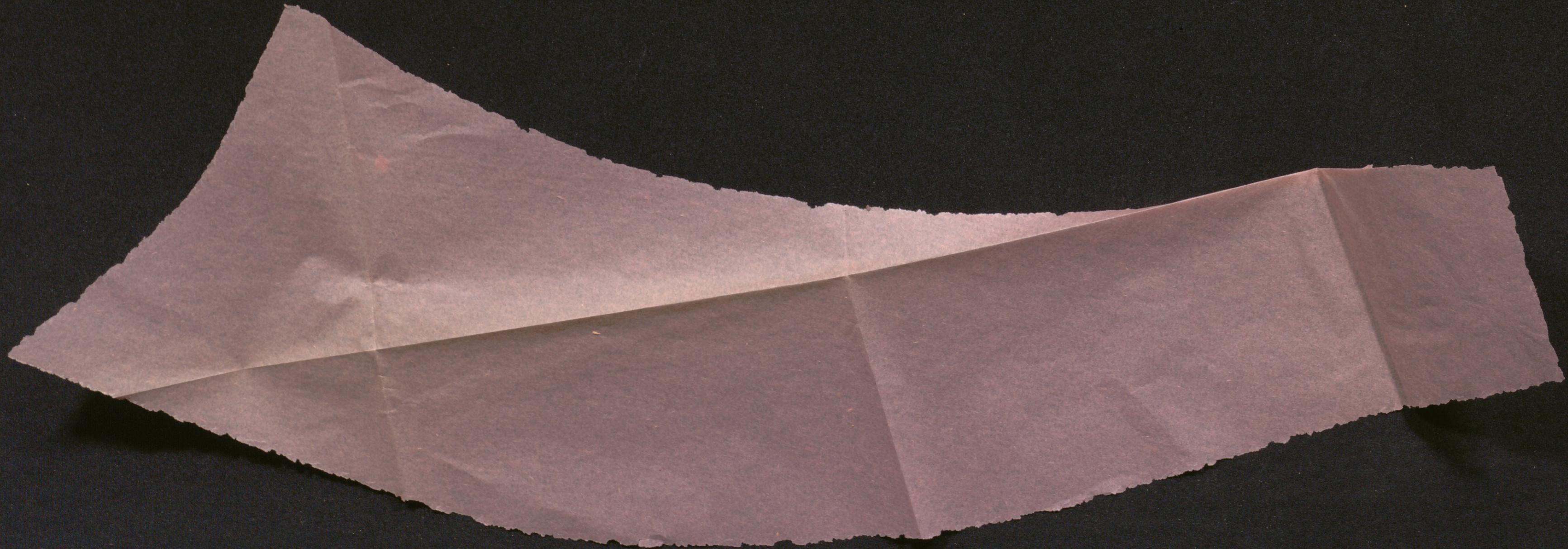


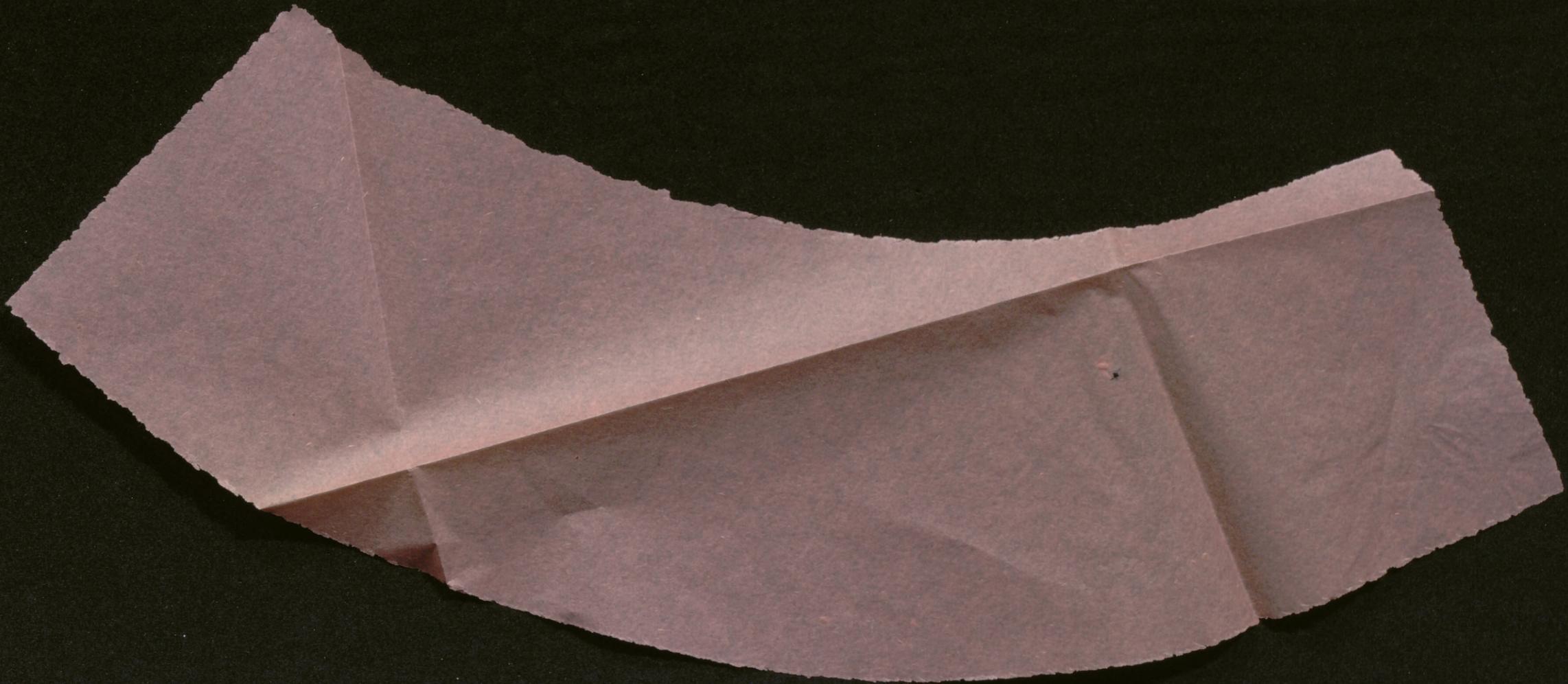


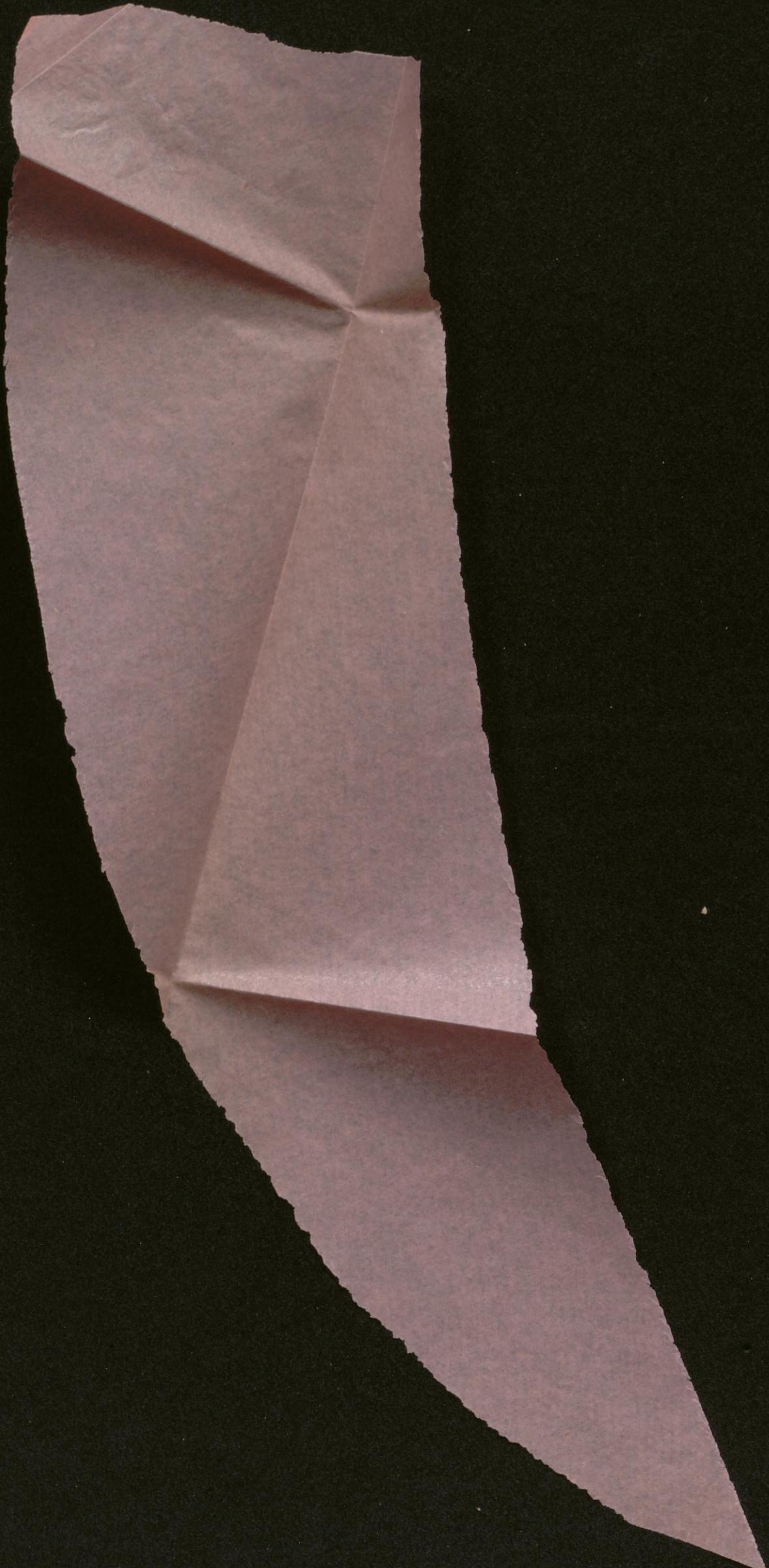


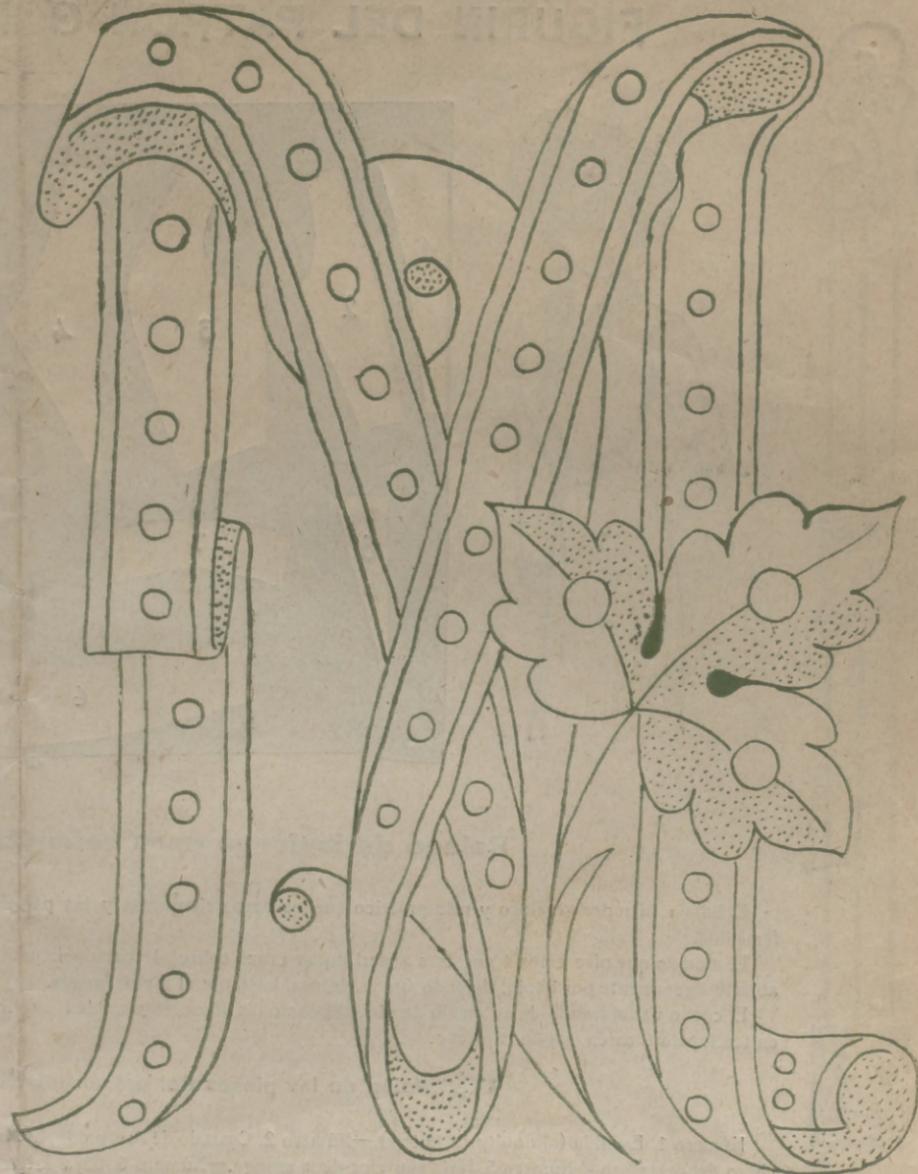
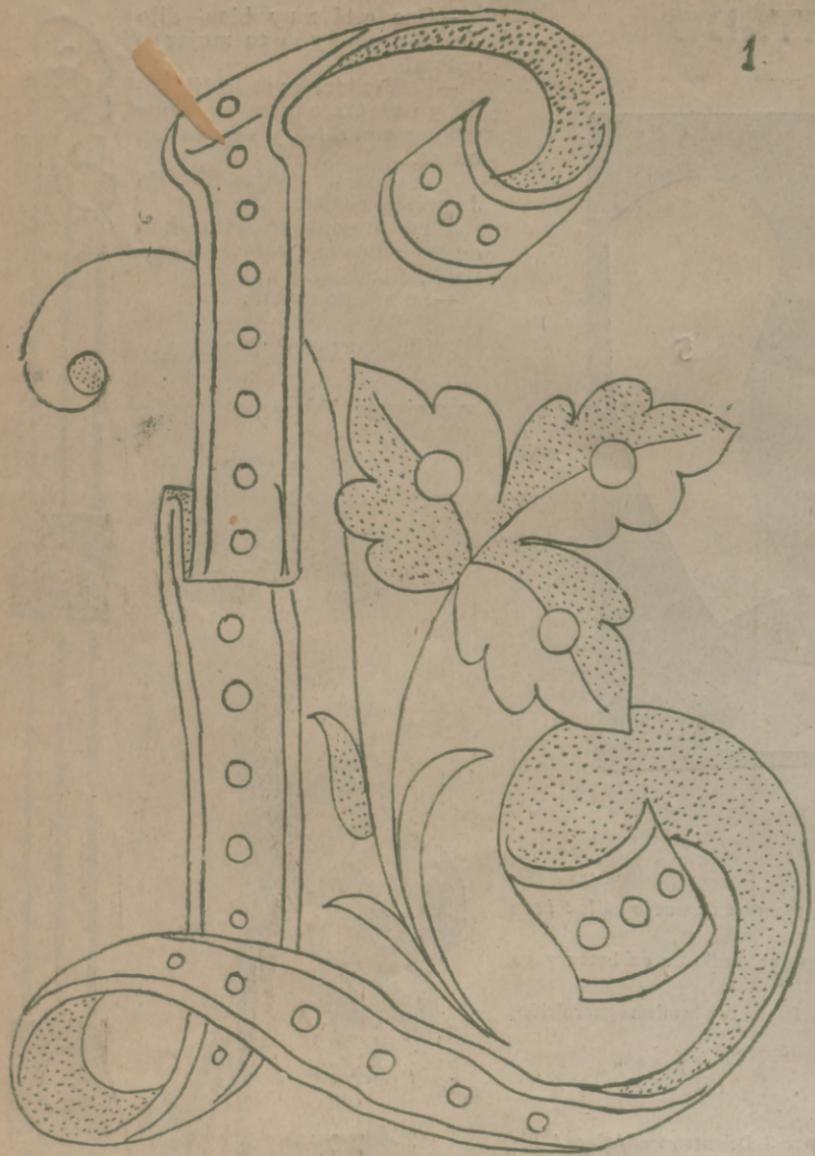
ALFON CORTADO
REGALO DE
MODA PRÁCTICA

no puede ser vendido
sin el número 4
MODA PRÁCTICA
que...









2 *Joaquina Lucia* 3

M. SALVI

4 Antonio JAVIER 5

